

á su dulce enamorada, como ex-voto; y de aquel místico estudio con ventanas á la gloria, de aquella celda-taller, con luz cenital del cielo, salieron la « Coronación de la Virgen », « Las beatificaciones de los justos », « La conversación de los santos », las filigranas de sentimiento exquisito, colgadas hoy en los museos para admiración del hombre.

Era tarde ya cuando entramos en la iglesia del convento. Apenas se veían las paredes y los altares eran manchas de sombra; la bóveda, una bóveda de noche sin estrellas, y las ventanas en lo alto eran ojos apagados, ojos sin luz, cerrándose y durmiéndose con el día. Allá en el coro, vimos una mancha oscura, que era el cuadro del Angélico, y nos sentamos delante, tratando de adivinarlo. Poco á poco, apagándose lentamente el sol que llevábamos impreso en nuestra retina, vimos iluminarse la tela vagamente, salir de las tinieblas como llevando la luz en sus colores; vimos una Virgen azul, una cabeza inclinada y vaporosa, la sombra indecisa de un niño y unos Santos derechos, con los ojos levantados; vimos destellos de oro en medias tintas finísimas y vimos un rayo de sol entrando por la alta ventana de la iglesia; le vimos caminar, como una lengua de espada, por el muro y posarse, en fin, sobre la Virgen y bañarla con un beso de postrera sensación: el último del Sol despidiéndose vibrante de aquel espléndido cuadro y de aquel hermoso día.

Al salir dormía la tierra suavemente.

Solo el reflejo violeta del ocaso lanzaba las postreras bocanadas de armonía, las últimas pinceladas precursoras de la sombra.

Florenzia, allá en el fondo, encendía los faroles;

las casas se abrigaban más aún, en los pliegues de sus jardines misteriosos; empezaban los ruidos de la noche, los santos silencios del descanso; cesó la brisa, y los olivos parecieron reclinarse, y levantarse más los cipreses.

Ellos con su tristeza, parecían seguirnos, colocados sin fin, cual centinelas á los lados del camino. Les vimos aún largo rato, rectos y recortados sobre el gris mate del cielo, como pedruzcos ciclópeos; les vimos luego confusos como soñados fantasmas y les vimos, por fin, perdidos y rodeados de estrellas.

XII

Las nieves perpetuas

Hacia cerca de un mes que estábamos en Florenzia.

Una noche, allá en los dibujos del plafón de nuestro cuarto, entre el follaje de unas plantas que daban uvas por fruto, y entre unas nubes pintadas con gran espontaneidad, pareciónos ver dibujada nuestra isla. Cerramos los ojos para dormirnos, como tenemos por costumbre desde hace tiempo, y como un punto luminoso en la pupila, la vimos más claramente todavía y más diáfana, llamándonos á su regazo con una dulce insistencia, tan difícil de explicar, que no seré yo quien la explique.

No sabíamos por qué, pero empezábamos á sentir el mal de obra maestra, un deseo de ir á digerir

en la soledad lo mucho que llevábamos almacenado en la memoria, los recuerdos de cosas vistas, embudidas y apretadas en el cráneo como en lata las sardinas; sentíamos cansancio de continente; Zuloaga cantaba el *Guernicako* y yo el *Anyorament* entre dientes, y la isla entrevista por el deseo en el plafón, nos prometía, allá á lo lejos, tal jaleo generoso de consuelo, que acordamos marcharnos hacia ella, á sumar impresiones y catalogarlas por dentro.

Antes, no obstante, quisimos cumplir algunas visitas de despedida. Para ello tomamos un coche, para nosotros dos tan *sólo*, y le dijimos al cochero: — Cochero, á la casa de Miguel Angel. — Condujeron el buen cochero á la morada del artista; entramos, preguntamos y saludamos, y nos dijeron que nuestro amigo había salido hacía tiempo, pero que viéramos su casa. Vimos en ella una colección de estudios que estaba haciendo, el día que se marchó, proyectos de arquitectura, croquis, estudios de anatomía, de caballos y de esqueletos, reglas de perspectiva, fachadas de catedrales, escorzos de figuras, cálculos de proporciones, academias, vírgenes y tumbas, el plano de la gran cúpula de San Pedro, y hasta proyectos de fortificaciones, de cuando andaba metido en los azares de la guerra. Estuvimos contentos de lo mucho que estudiaba y de su buen comportamiento, y como teníamos tiempo que ganar, marchámonos dejando nuestra tarjeta. De allí pasamos á ver al Dante, y tampoco estaba en casa. Habíase llegado hasta la gloria, á fin de compararla á la que él había descrito y poner en claro algunas dudas que de sus bellezas tenía,

ya que si en la tierra pudo copiar del natural los tormentos de su infierno y purgatorio, faltábanle modelos para copiar el cielo de su Divina Comedia. Vimos su casa, (en la cual ha hecho recientes reformas, que, con perdón, no aprobamos á nuestro querido amigo), pequeña é íntima y llena de recuerdos gloriosos, y dejando la tarjeta, continuamos el curso, poco afortunado en encuentros: Benvenuto Cellini había cambiado de piso; en el estudio de Donatello se había instalado un ebanista; Galileo se había subido á ver de cerca las estrellas que inventó, y en San Marcos, al preguntar por Savonarola, nos dijeron que á causa de sus predicaciones acéticas y poco aduladoras para el Gobierno constituido, lo habían quemado vivo hacía tiempo, delante del Perseo de Cellini, y como prueba, nos mostraron en su celda, pequeña como un panteón de pobre, los restos de su traje monacal hecho cenizas por las llamas, entre otras reliquias del Angélico, que también había salido en brazos de sus ángeles y llevado en andas en sus nubes hacia el cielo, que había soñado en vida, y encontrado sin duda á la hora de su muerte.

A todos dejamos tarjeta, y esta tarjeta sin nombre, escrita en el corazón fué oración á su memoria, adiós de agradecimiento, y con la vaga tristeza del que arranca una hoja del libro de nuestra vida, temiendo las hojas que han de seguir, nos marchamos de Florencia.

Marchamos, sí, y antes de llegar á nuestra isla, pasamos por Suiza, y pasar por Suiza y no detenerse en sus playas, hubiera sido un crimen de leso viaje-exursionista, difícilmente perdonable á los ojos de

toda persona sensata. — Son tantas las veces que á uno le echan en cara el no haber estado en Suiza, que le soplan á uno, en clase de pintores, la Suiza por las orejas ; que le ponderan las cascadas, los valles, los lagos, y sobre todo las nieves perpetuas y perdurables de Suiza, que nos dijimos mutuamente: — ¡ Qué diablo! Vamos á Suiza, aunque tan sólo sea para decir con los demás « que hemos estado en Suiza » ; vamos á ver esas nieves duraderas, esos lagos potables, esos cedros alpinos de los Alpes verdaderos ; vamos á ver los funiculis-funiculares, y si es posible, pagando lo que sea, algún oso pardo de los que andan sueltos por los montes, sin anillo en las narices... Y nos fuimos á Suiza.

Salimos á las veintidós tres cuartos (hora de Italia), y de noche pasamos los Apeninos ; así es que no vimos nada de esos montes, y no lo sentimos por cierto, ya que otros de mejor calidad y más cantidad nos aguardaban ; al pasar por encima de la frontera de Italia, la cual pasamos dormidos al son de un acordeón que no cesó de tocar toda la noche, manejado con tal constancia y denuedo, que nos hizo creer que el tocador estaba cumpliendo un exvoto. A su voz salió la luna, y á su luz empezamos á ver algunas nieves fugaces, es decir, no bien perpetuas todavía, pero blancas como las otras, que nos dijeron que los hombres encuentran á las montañas, que las montañas no se encuentran entre sí y que aquellas que veíamos eran los Alpes Alpinos.

Debutó, pues, ante nosotros la Suiza con un lago, pero con un lago de cromo, con sus reflejos hechos con gran pulcritud, sus casitas de quita y pon en la orilla, sus vaporcitos cruzándolo con cuidado

á fin de no turbar la placidez de las aguas, y sus montañas en el fondo rociadas en sus picachos con azúcar de la mejor calidad ; luego pasamos al dominio de la cascada : filos de agua saltando como inmóviles entre negruzcos peñascos ; luego la región del cedro ; cedros con sus plumeritos subiendo como hormigas por las abruptas pendientes hasta encontrar la blancura *susodicha* ; vimos más allá la primera vaca suiza auténtica, con su cuero manchado como es uso y costumbre en esa clase de bichos ; las cabritas del país, las casas de madera pintorescas, las praderas á todo verde, y entramos en San Gottardo, lío de túneles haciendo maniobras y rodeos por debajo de la tierra, pasados sin saber cómo ni qué, con notable sangre fría y desprecio del peligro.

Al salir, quedamos deslumbrados por intensísima blancura. Si aquello no eran las perpetuas, poco les debe faltar para serlo, que trazas tienen de ser nieves sin malditas las ganas de derretirse por ahora ni entrar en vías de riego. Desde la base á la cumbre, alta y quebrada de un modo que raya ya en la locura, no se ve más que el tono blanco sin términos, y en su sábana los cedros irguiéndose de un modo escandaloso y atrevido ; á un lado y á otro de la vía, sin ton ni son, saltan los chorros de las cascadas lanzándose al agua desde alturas peligrosas ; se entretienen las nubes siguiendo todos los pliegues del valle, y por ellos anda el tren, volviéndose á meter con gran descaro por interioridades de montes, hasta llegar á otro lago más grande aún que el primero y más hermoso, y como aquél reflector de montañas y suizas, y de éste al de los Cuatro

Cantones, y á la ciudad de Lucerna anclada en sus verdes orillas.

Al salir de la estación como el sol amenazara retirarse, dimos solo un repaso á la ciudad y pareció una estampa de las de Alberto Durero, restaurada. Por un lado unos puentes de madera, con aspecto de habitaciones lacustres; con sus torres que deben ser góticas, puesto que acaban en punta, en tanta punta como el gótico requiere; sus calles estrechas y desiguales, sus tejados pendiendo de ellos mismos, sus muestras de hierro más que forjadas retorcidas, y otros chirimbolos de otros tiempos; y por otra parte una de hoteles modernos, con sus *maitres* y *contremaitres* y grooms y criadillos é intérpretes y personal de estorbo y servicio, aguardando en fila al curioso forastero, que no cuadran en aquella que debiera ser soledad de las montañas, y esa mezclanza de ambos tiempos, mirándose en un lago de una pulcritud de acuarela, de agua que parece agua lavada, de las montañas de tono más ideal que pueda soñar la más romántica inglesa, de nubes como inciensos coloridos, de términos sin fin, y de atmósfera sin mácula de pecado original, pura de sí y destilada, por hallarse á más altura y más lejos de la costra miserable de la tierra.

Entre aquel muestrario de montañas, entre aquel ancho panorama, al que sólo falta el número en los picachos más altos, para ser una vista de Baedeker, se encuentra el Righi Kulm. A donde nos dirigimos en busca de las perpetuas, á la montaña siguiente, primera y última de nuestra estancia en Suiza, embarcándonos en un trasatlántico alpino, con todo el

aparejo de más ó menos goleta, con su máquina de triple ó cuádruple expansión, es decir, muy expansiva, sin carga y cuasi sin pasajeros, y haciéndonos á alto lago sin viento de ningún lado.

Cruzábamos el lago por el medio, metido por los valles y pliegues de las montañas altas y blancas y reflejadas en el agua, con tal fidelidad y tal amor que no había ni un arbolito olvidado en los reflejos. Parecía que andábamos entre dos cielos turgentes, movido el de arriba solamente por alguna nubecilla, turbando aquella paz de manto azul, y el de abajo por el curso del vapor, dejando un camino de plata que iba borrándose y perdiéndose en ondas imperceptibles; sereno el uno de una serenidad de cielo héroe, tan transparente el otro que podían contarse las piedrecitas del fondo misterioso de su lecho; de vez en cuando veíamos ¡ay! una isla como un ramo de casitas entre pinos, naciendo de las aguas; pasábamos costeando sin temor á los escollos; cruzábamos más allá cobijados bajo aquellas moles de piedra vestidas de blancura, y parándose el vapor en un pueblo alegre, como un *belén*, con un bastón que compramos y sobre el funicular, empezamos á subir hacia las nieves perpetuas.

Iba andando el armatoste agarrado á la cremallera y nosotros agarrados al vagón con el valor aquel tan á menudo demostrado, veíamos bajar Suiza, mucha Suiza y extenderse el bello lago á nuestros pies, color de plomo bruñido y los montes formar en línea; y pronto nos vimos rodeados de aquella fría blancura que veníamos á buscar en las Helvecias. — ¿Qué tal se está de osos este año? — preguntamos al conductor del mueble aquel. —

Mal, — nos contestó, — me parece que este año tendremos mala cosecha. Yo no he visto ninguno todavía este verano — Ni nosotros tampoco (añadimos) desde que dejamos Florencia. ¡ Eso del oso se pierde como tantas otras cosas ! — Paciencia, dijimos, y volviendo á mirar á lo lejos, vimos el lago ya pequeño como un plato, y los vapores como cometas acuáticos, dejando una estela luminosa y empezamos á sentir el mal del aereonauta, cuando llegamos á Kaltbad, en donde el funicular paraba detenido por las nieves.

Allí, con vistas á un cachito de planeta, con un sol hermosísimo y su dulce calor de primavera, almorzamos de un modo alpino. Sopa con flores de herbario y plantas medicinales, manteca de vaca de aquí, pollo suizo, oso manso y postres silvestres guisados á la francesa. Durante el refrigerio mirábamos con un enorme catalejo ; así es que había plato que empezábamos á comerlo en el lago y lo apurábamos á cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar más bajo ; copa de vino empezada en Todi y concluída en San Dauma, en Studer ó en Jungirán ó en otro pico de los picos que no son pardos ; y concluído el almuerzo y tomado café de corteza de cedro indígena, á pie y con solo el bastón de apuntes por guía y por compañero, las emprendimos por las nieves, único objeto de nuestro sabio viaje.

¡ Las que llegamos á ver ! ¡ Oh, santo patrón ó patrona de todos los Alpes y Suizas !

Subíamos hacia el Righikulm verdadero, por un lío de caminos, blancos, de una blancura suprema ; pero parecíanos que aquellas nieves no eran aún las

perpetuas que buscábamos ; andábamos entre cedros ridículos y caprichosos, y al volver de un monte, vimos un fondo, donde era tal el espesor de hielo que habíase amontonado, que nos creímos allí donde sólo llegan los indígenas y los ingleses de la clase aclimatada. Precipicios, cañadas, valles, cedros y montes, todo estaba en tal enredo geográfico, que no había quien descifrara aquel enigma ; cordilleras, cascadas y espesuras eran tan gigantesacas y enormes, que quizás la Naturaleza ha hecho pocas obras tan grandiosas ; y el hombre, el pobre hombre, tan pequeño se veía en aquel fondo que, recordando aquel amigo que tiene siempre el fotógrafo, colocado al pie de los monumentos á fin de hacer lucir sus proporciones, los pocos que andábamos por aquellas soledades, parecíamos todos amigos de fotógrafo, puestos allí para vernos como insectos comparativos, andando por la montaña.

Subíamos aún, cuando encontramos un guía que había dejado su carga de pasajero. — Buen hombre — le dijimos, cogiendo un puñado de nieve. — ¿ Son perpetuas estas nieves ? — Son de las más perpetuas que tenemos en la casa. — Siendo así, ya hemos visto lo que queríamos, para hacer callar á las gentes. Apúntalo en el bastón, Zuloaga, y marchémonos á nuestra isla... y al decir esto, de una nube salida á traición, no se de donde, empezó á caer una nevada tan intensa, que comprendimos que había perpetuas para rato, y nos marchamos entre una tempestad espléndida sobre el lago, de esas que sólo se saben improvisar en las Suizas.